

Hebreos 10: Un Llamado a la Santidad

Meditación de Ivan M. Baker, 23/5/1999

Es el día veintitrés de mayo de mil novecientos noventa y nueve, y viene la carga sobre mí esta mañana bien temprano, a las 4. Sentí la necesidad de clamar a Dios para estar lleno del Espíritu, y quiero expresar algunos pensamientos tomando en cuenta todo lo que Dios me mostró del capítulo 10 del libro de Hebreos.

Es una perfecta predicación del Evangelio: una comparación entre el antiguo pacto, con sus sombras y figuras, y el nuevo pacto, con su tremenda realidad de la verdad del amor de Dios, en cuanto a adecuar a Jesús con un cuerpo para el sacrificio. ¡Tremenda obra de amor, tremenda misericordia! Dios ha conmovido no sólo la Tierra sino también el Cielo. Todo lo ha conmovido, buscando la manera legal de permanecer justo, a la vez que justificar.

En el sacrificio de Jesucristo está estampada la realidad de su indescriptible amor, del Padre, del Espíritu y del Hijo, como ofrenda que estaba preparada para sufrir en un Cuerpo santo que Dios le dio. En Él todo es embate de tentación; todas las corrientes satánicas, todas las cargas del proceso de enfrentamiento con el diablo y sus ángeles vienen sobre Él en la debilidad de un cuerpo, en la perfecta debilidad de Adán. Un cuerpo perfecto, una voluntad vulnerable como la de Adán, en la que fue probado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Mostró así que había hecho a Adán perfecto, perfectamente santo, perfectamente capaz de resistir cualquier tentación. Fue un verdadero siervo obediente: mostró cómo hacer todas las cosas en la voluntad del Padre, cómo depender del Padre en todo, cómo absorber toda la gracia divina y recibirla en un cuerpo humano, un cuerpo vulnerable.

Pero estaba en Él el perfecto equilibrio de Uno que, aunque fue tentado en todo, no cedió. Y en ese cuerpo adámico con que se cubrió Jesús, el perfecto hombre, santo y sin mancha -en eso diferente a nosotros- peleó, luchó contra todas las ondas del mal, contra toda la presión del mundo, todo el encono de hombres carnales, del diablo y sus ángeles, toda la presión del infierno.

"Me preparaste Cuerpo". No solamente para venir y habitar entre los hombres. Como hombre, el más humilde: nació en un pesebre, fue el hijo del carpintero, menospreciado aún por sus hermanos, permaneciendo en silencio treinta años. Sin manifestación alguna de divinidad, ni obra especial, ni palabra especial, ni declaración, ni anuncio. Dice la Palabra que fue sujeto a sus padres, practicando la sujeción en todo: treinta años de anonimato, predicando luego tres años y medio. Sin embargo, se enfrentó con el diablo todos los días de su vida en la Tierra. ¡Cuántas veces habrá sido acosado en su casa por el diablo! Con todas las manifestaciones comunes de una vida de hombre entre los hombres, de hombre entre las mujeres, de hombre cansado, de hombre fatigado, esperando...

esperando que el Padre diga: -¡Ya! Esperando fielmente la hora, sin moverse. ¡Qué tremenda lección de sujeción, qué tremenda lección de obediencia!

“Me preparaste Cuerpo”. El sacrificio no fue solamente las seis horas que colgó sobre la cruz, sino de los treinta y tres años y medio que vivió entre la inmundicia del pecado, el egoísmo de los hombres. No solo cuando bebió la copa de maldición. Fue hombre verdadero, probado verdaderamente en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Se mantuvo santo, puro, agradó al Padre, se sujetó al Padre. Su sujeción fue perfecta, su humildad fue perfecta, su dependencia de Dios fue perfecta. *“Nada hago de mí mismo, el Padre que está en mí, Él hace las obras”*. ¡Qué lección tremenda! *“Nada hago de mí mismo. No dedico mi tiempo a escucharme, a razonar yo, a buscar mis intereses, a hacer lo que a mí me agrada, a satisfacer mi estómago, mi voluntad. En ninguna manera. “Me preparaste Cuerpo”*. Agradece el Cuerpo que el Padre le ha preparado, agradece poder venir con la misión de obedecer al Padre, agradece el privilegio de obedecerle. Rendir todo, entregar todo y gozarse en poder hacerlo, porque se nota una gratitud: *“Me preparaste Cuerpo”*.

“Sacrificio y ofrenda no quisiste; holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad.”

El *“he aquí que vengo”*: es una entrega, una entrega total, una entrega gozosa, el privilegio de poder servir, agradar y obedecer al Padre. Su obediencia fue superlativa, absoluta, total. Oh, el corazón del Padre quedó totalmente satisfecho, *“Este es mi Hijo amado, en quien tengo contentamiento”*. ¡Aleluya! Está hecho el sacrificio, y las palabras tremendas sellan la perfección y aceptación de ese sacrificio: *“Con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados. Lo atestigua el mismo Espíritu diciendo “y nunca más me acordaré de sus pecados y rebeliones”*. Tan fuerte, tan perfecto, tan a fondo fue el perdón que *“nunca más me acordaré de sus pecados y rebeliones”*.

Dios nos salva, nos santifica, nos transforma a la misma imagen del Hijo, para pensar lo que pensó el Hijo, para desear lo que deseó el Hijo, para que el gozo del Hijo al entregarse al Padre, sea nuestro gozo al entregarnos a Dios. Para que la perfección de su entrega sea nuestra perfecta entrega; que aborrezcamos todo lo que Él aborrece; que amemos todo lo que Él ama, porque por su sacrificio nos ha introducido al trono de su gloria. El Lugar Santísimo ya no es el tabernáculo terrenal, que era un símbolo, sino el trono mismo de Dios.

La presencia íntima del Dios eterno creador: omnisciente, omnipresente, omnipotente, se transformó en nuestra casa eterna, en la habitación de nuestro Papá. Llegamos hasta los brazos del Altísimo, el cual nos abraza y nos besa, y nos recibe como verdaderos hijos y herederos; y con su beso y su abrazo limpia toda mancha con la sangre del Hijo de Dios. Entramos por el velo, que es su carne hendida; entramos por la sangre, garantía del sacrificio consumado, la sangre que nos limpia de todo pecado. Llegamos al lugar de la misericordia, y encontramos al Pontífice de nuestras almas e Intercesor intercediendo. La

salvación que nos ha dado ha sido adecuada a nuestra necesidad, suplida toda debilidad, toda falta absorbida por la grandeza de la gloria, la perfecta obra de redención.

¡Oh, qué cosas fuertes, qué tremenda es la sangre del Hijo de Dios! Una sola vez la derramó por todos nosotros, y así como entró el pecado en el mundo por un solo hombre, por un solo Hombre las huestes celestiales van a cantar la gloria del sacrificio de la ofrenda perfecta, de la santidad perfecta, de la salvación perfecta que Dios ha concedido, que Dios ha preparado. Es la primorosa obra de Dios. Es la obra más grande del Altísimo. La honra que Él recibe de la Creación es mínima, pero la honra que Él recibe de la redención es máxima, por los siglos de los siglos de la eternidad.

Esta es la obra, este es el recuerdo, esta es la canción de los redimidos, la estabilidad del reino de Dios, el triunfo del Altísimo sobre todo enemigo: Dios para siempre venció a la rebelión en todas sus formas, con el gran sacrificio de Cristo: perfecto, santo, adecuado, proclamado, entregado. La Buena Noticia corre por todo el mundo: "Vengan, ya está todo aparejado". Dios preparó todo: abrió la entrada, estableció el pacto, proclamó el Evangelio, la Buena Noticia, "Vengan, coman, beban, está todo aparejado". Está el vestido, está el calzado, está el anillo, está el beso, está el abrazo de reconciliación, está la fiesta: "Vengan porque está todo aparejado". Vengan con corazones verdaderos, purificada la conciencia, lavada la mente de mala conciencia, buscando la comunión entre los que han recibido esta misma gracia de amor. Reúnanse, únanse, estimúlense unos a los otros al amor y a las buenas obras. Únanse comprometidamente, únanse para cuidarse, para velar el uno por el otro.

Me doy cuenta de que este trabajo de estimularnos los unos a los otros es la verdadera comunión que debe haber entre los santos, que sobrepasa toda comunión efímera, la comunión del saludo, del "como estás querida", "-¿cómo estás?" el abrazo.... ¡La sobrepasa! Detrás de estas palabras: "*estimúlense al amor y a las buenas obras*" está toda la Palabra que habla de la comunión de la Iglesia como Cuerpo, de la relación de los miembros como Cuerpo, de los dones y gracia que Dios ha dado a cada uno para contribuir al bien del otro. Y luego leemos el versículo veintiséis: "*Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados.*" Lo que sigue es una de las más solemnes advertencias que hay en la Biblia.

En un devocional que hice con los Pastores en la reunión anual que tenemos, llamada "de Apóstoles", yo hice la pregunta: Este versículo, ¿qué contiene? ¿Cómo tomamos esta palabra? ¿No podrá ser por ejemplo, que yo venga al Señor, no para aceptar y cumplir sus condiciones sino para imponer un estilo de entrega, de una conversión a mi gusto, donde vuelvo a admitir la posibilidad de ser un poco mundano, un poquito carnal a la vez que espiritual? En otras palabras, dije: ¿Será que nosotros ponemos condiciones a Dios, y decidimos que la salvación es un poco menor de lo que Él dice; que el llamado es un poco diferente al que Él propone? Es decir, antepone nuestras condiciones a las de Dios. ¿No será éste el pecado del cual se habla aquí?

Los teólogos enseñan que hay que terminar el discurso siempre con una nota elevada, llena de gracia, porque la gente no tiene que irse a casa preocupada, tiene que irse contenta a comer la comida el domingo al mediodía. Yo creo que el espíritu de la teología es otro espíritu, no el de Cristo. Los teólogos están más interesados en los estilos del hombre y en cómo llegar a influenciar su mente, que en llegar a impactar con el Evangelio y con el Espíritu de Cristo la vida toda. Derrumbar la voluntad humana, someterla a Cristo, es una operación que no la puede hacer carne ni sangre, ni la inteligencia del hombre, sino la de Dios.

"Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños." Toda palabra de Dios viene por revelación. Si la palabra llega a nosotros auxiliada por el Espíritu, y en el impacto y poder del Espíritu, hace su obra. Transforma, convierte, y no vuelve vacía. Pero con muchos vuelve vacía. ¿Quiénes son los creyentes que tienen piedras en su almácigo, que no van a permitir que las raíces del reino realmente se arraiguen? ¿Qué va a pasar con los que realmente han gustado de la palabra de Dios, que se han hecho partícipes del poder del siglo venidero, que han tocado a Dios, que han vivido la gloria del Evangelio, pero tienen espinas, inadvertidamente y muchas veces advertidamente?

Como compañeros unos de otros, como miembros del Cuerpo, uniéndonos unos con otros, debiéramos señalar estas piedras. Debemos ayudar a quitar las piedras los unos de los otros, pues ¿cómo las veo, cómo las entiendo, si mi hermano no me ayuda? ¿Cómo me pueden ayudar si no somos un Cuerpo unido? ¿Cómo las veré si no hay alguien que también vele por mí? *"Que el justo me castigue, será un favor, y que me reprenda será un excelente bálsamo que no me herirá la cabeza"*.

Estas piedras, estas espinas, son los impedimentos que no fueron percibidos. Es como un niño que no crece: la verdad no se profundiza en él, no hay progreso en su desenvolvimiento y perfeccionamiento de su vida. No está el fruto. *"Tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna."* ¿Cuál es el fruto? La santificación. La sucesión de las etapas de crecimiento para ir conociendo a Dios, para ir conformándonos a Él, para ir bebiendo de su fuente, para desear de todo corazón ser conformados a su imagen.

No nos medimos respecto a nuestro nivel sino el nivel de Dios: Dios tiene toda la paciencia, todo el amor, todos los recursos. Entonces vamos creciendo, vamos creciendo; y mientras seguimos creciendo, comprendiendo, santificándonos, y seguimos entendiendo más a Dios, hay paciencia, hay esperanza, hay perdón, hay presencia del Espíritu Santo, hay intercesión de Cristo, hay auxilio del Espíritu. Porque qué hemos de pedir como conviene no sabemos, qué hemos de pensar como conviene no podemos, qué hemos de entender como conviene no lo entendemos, pero el mismo Espíritu pide por nosotros, enseña a nuestra voluntad, a nuestro corazón, nos enseña a crecer en la gracia,

a crecer en el amor, en el conocimiento de Dios, en santidad. Crecer a la imagen de Cristo, que es el Todo de la Iglesia.

Leamos todo este capítulo 10.

“Porque si pecáremos voluntariamente”, es decir, anteponiendo nuestros planes a Dios, o pensando: “Dios tiene su salvación, pero yo tengo mi forma de tomarla; Dios me propone algo, pero yo tengo mi manera de eludir algunas propuestas del Señor. Dios me propone ser conformado a la imagen de Cristo, pero no quiero realmente eso, porque hay algunas cosas que mi corazón guarda como buenas y como aceptables en el mundo. Yo vivo en la Tierra, al fin. Yo tengo que vivir 60 / 70 años aquí, 80 o más y tengo también mi plan, tengo mi forma de pensar...” Uhhhh... ¡qué terrible! Dios al tal le dice: “Ya no quedan más sacrificios por los pecados”. Es decir, para ese pecado no hay perdón. Dios no tiene en cuenta la posibilidad de que alguien haga este razonamiento.

Sin embargo este razonamiento es muy, muy común en las iglesias. ¿Cuánto del mundo entró en la Iglesia? ¿A nuestra Iglesia? En este supuesto mover del Espíritu, ¿cuánto del mundo entró en las casas de los discípulos? ¿Cuánto tiempo dedican los hermanos de nuestra congregación a beber de las fuentes impuras del mundo? ¿A entretenerse con las cosas del mundo, las tentaciones del mundo?

Tenemos el carro al revés: en vez de huir, apartarnos, no tocar, hemos encontrado un método para tocar, para estar cerca, para no alejarnos tanto. Dios dice que para ese pecado ya no hay perdón, sino *“una horrenda expectación de juicio y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios”*. Una de las peores cosas que puede tener la Iglesia en esta clase de pecado es un ministerio complaciente. Un ministerio que nunca llega a fondo, que nunca entristece los corazones. Siempre hay una oportunidad de alabar, de cantar, de sentirme bien, porque la espada de dos filos se volvió mocha, desafilada: le falta la punta y el filo. Hemos destruido el elemento de transformación. Ya la Iglesia no está detrás de la edificación de cada discípulo a la imagen de Cristo, eso hay que olvidarlo.

Hemos hecho liviana la verdad. *“Sus atalayas son ciegos, todos ellos ignorantes; todos ellos perros mudos”*. Hemos enturbiado las aguas, y Dios tendrá que levantar otro pastor. No me animo a leer el versículo 27, pero allí da a entender la expectación y juicio, el hervor de fuego que hará caer sobre estos que el Señor llama *“los adversarios”*.

La ilustración de los versículos 28 y 29 es contundente: habla de la Ley de Moisés, bajo la cual ante dos testigos que testificaban la desobediencia de una persona, esta moría irremisiblemente. *“¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado?”* ¿Qué es lo que hace inmunda la sangre del pacto? Pretender tenerla y abrazar junto con ella al mundo. Profesar ser partícipe de la redención, ser parte de la bendición de Dios, del Plan de Dios en la justificación, y a la vez tener mis ideas propias. Contaminarme con el mundo, con el pecado, aceptar una posición más liviana: *“yo no quiero ser pastor, no quiero ser*

apóstol, yo quiero ser salvo, yo quiero tener mi forma de tomar la salvación. Yo manejo las cosas, decido el nivel de espiritualidad, decido la medida de lo que voy a entregar al Señor". Quizás la persona no lo llama así. Jamás pensaría que esto es hacer inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, sin embargo la Palabra dice que esta es la resultante.

El que pone sus condiciones a Dios, el que desobedece lo más sagrado, o introduce su plan anteponiéndolo al Plan de Dios, sus condiciones a las de Dios, su voluntad de cambiar, de reordenar, de acomodar, está pisoteando la sangre en que fue hecho limpio. ¿Por qué pisotea la sangre? Porque no está interesado en alcanzar lo que la sangre le hace alcanzar. No está interesado en recibir el fruto de la cruz como Dios lo presenta, sino que está tan lleno del mundo y del pecado, tan lleno del gozo de hacer su voluntad, que no tiene interés en tener una voluntad sobre él que le exige todo. Y dice el Señor que el justo que todo lo entrega con dificultad se salva. ¿Cuál es la dificultad? Se salva orando, confesando, gimiendo, clamando, buscando a Dios, buscando su alta aprobación. El justo llega pero con dificultad, con esfuerzo, con dedicación, con solicitud constante de perdón, apoyándose en la gracia para recibir el bien de Dios, para caminar fielmente en su camino, para estar lleno de la gracia de Dios. Y esto es una lucha sin cuartel día y noche, contra un mundo infiel, contra el diablo acusador, tramposo, ladrón, asesino, que me rodea; y contra el corazón engañoso que quiere volver a sacar los clavos, quiere desprenderse del pacto y volver a hacer su voluntad, y debe ser frenado todos los días de la vida. El justo con dificultad se salva.

Vers. 35: *"No perdáis, pues, vuestra confianza que tiene grande galardón"*. Vers. 38: *"Mas el justo vivirá por fe; y si retrocediere, no agradará a mi alma"*. El vers. 39 nos señala la única manera: *"Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma"*.

Digamos todos nosotros que no queremos ser de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma. Fe preciosa, los que han alcanzado fe preciosa igualmente que la nuestra. ¿Cuál es esa fe preciosa? La fe en que Dios me ayudará a comprender y a alcanzar sus designios, su propósito en mí, porque mi corazón anhela la perfecta salvación del Señor. Ser partícipe en todo lo que Él ha comprado a tan alto precio para mí. Yo no pongo las condiciones, Él pone las condiciones. Y si es así, demos marco a las reflexiones de Pablo que están registradas en el capítulo 8 de Romanos:

"Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agrandar a Dios. Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros".

Aquí llegamos a un punto muy importante y es lo siguiente: la entrada al santuario, ¿es una entrada en libertad para entrar toda vez que queremos y salir toda vez que

queremos? Cuando salimos llevamos impresiones, llevamos palabra, recibimos profecía que podemos después contar, recibimos fuerza, autoridad, dones, quizás. O entramos para no salir más. ¿Qué desea Dios? ¿Qué entremos para no salir más, o para salir y ser la misma persona que entró pero con alguna bendición? Yo pienso que El quiere que entremos para no salir más. El Salmo 15 da la clave: "*¿Quién habitará en tu tabernáculo? ¿Quién morará en tu monte santo?*" Elías entró y no salió más. Eliseo entró y no salió más. Pablo entró y no salió más. Todos los que entraron fueron transformados. "*Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu*".

Aquí se da la misma palabra de Jesús, cuando dijo a Nicodemo: "*Lo que es nacido de la carne, carne es y lo que es nacido del Espíritu, Espíritu es*". No da la idea de mezcla. La cruz nos transforma, el Evangelio nos hace nuevas criaturas: "*Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas*". Todas. Y ese "*todas*" no es relativo, es absoluto. Y si quien es nueva criatura tiene dificultades, tentaciones, peligros, tiempos de debilidad. ¿Cómo será el que adrede, voluntaria y conscientemente admite estas tentaciones y no entiende que lo que nació de Dios es Espíritu?

No hay un punto medio. La mezcla no existe acá. Si alguno está en Cristo (que es la única forma de ser salvo), no significa tener la doctrina de Cristo, ni haber oído a Cristo, ni haberse entregado a una doctrina de Cristo, sino "*estar en Cristo*". Si alguna persona está en Cristo, es porque tomó las condiciones de Dios, se entregó conforme a lo que Dios dice para un pacto que Dios hizo con él, y se adhiere en obediencia como esclavo a ese pacto.

Como Pablo lo expresa: "*Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo*." Esta es la medida de nuestra entrega: Todo. Todo lo que para mí era importante, ahora no es más importante. Los planes que yo tenía han sido destruidos, el camino que yo había elegido está viciado, no lo quiero más, me horrorizo de ese camino. ¿El mundo? Al mundo le doy las espaldas totalmente, no pongo mis ojos en el mundo, ni mi corazón, ni mi mente en el mundo. No quiero llevar sobre mí, en mi cuerpo, en mi vestido, en mi forma de arreglo, señales que indiquen mundanidad, que imiten a las mujeres o a los hombres de pecado. La jerga del mundo, las diversiones del mundo, la política del mundo, lo que al mundo le agrada. He dado mis espaldas a todo eso. Que no esté sobre mi persona el más mínimo índice de haberme inclinado hacia el mundo, hacia la carne. "*Huid, apartaos, no toquéis lo inmundo, y yo os recibiré*".

Así que Pablo dice aquí: "*Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios*". Los que viven según la carne no pueden agradar a Dios. "*Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Él. Pero si Cristo está en*

vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el Espíritu vive a causa de la justicia”.

Termino con Gálatas 5:16: *“Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu; y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis”.* ¿Qué vamos a hacer entonces? Vamos a hacer la voluntad de Dios. ¿Cómo lo haremos? Conforme al pacto que hizo con nosotros: no tocando cosa inmunda, apartándonos, huyendo, saliendo de en medio de ellos. Son palabras muy significativas. Si caen en tu corazón como nacieron en el corazón de Dios, te van a indicar la necesidad de no hacer enmiendas en el Plan de Dios. Te van a llevar a aceptar todo el Plan de Dios para tu vida.

Y esto requiere mucho más que reuniones y encuentros: requiere que seamos consolidados unos con otros en un cuerpo, que es el Cuerpo de Cristo, *“bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la operación propia de cada miembro, para ir edificándose en amor”.*

Esta herramienta de la que habla Pablo en el Capítulo 12 de 1ª Corintios, en Colosenses, en Romanos y luego en Efesios más extensamente, no es una parábola: es una enseñanza doctrinal categórica e indispensable. La única manera en que tú puedes descubrir las piedras en tu vida es que venga un hermano a ayudarte; y no es el señorío de uno sobre otro, sino el compañerismo y el amor, la gracia de servirnos unos a otros. La responsabilidad de exhortarnos, de enseñarnos mutuamente, se da cuando tenemos verdaderas coyunturas, hombres y mujeres que nos conocen, no que están hoy y mañana no están, sino quienes se unen para servir a Dios. Se unen para el reino de Dios, para servirse personalmente uno a otro, para colaborar con el Espíritu Santo, con los dones del Espíritu.

Necesito estar contenido en el Cuerpo, necesito pertenecer a un cuerpo viviente que se nutre por todas las coyunturas. Cada miembro, un instrumento útil a Dios para santificación, para consolación, para orientación, *“hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a la plena estatura de un hombre en Cristo”.* *“Para que no seamos niños fluctuantes llevados de aquí para allá por cualquier viento de doctrina, con estratagemas de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad en amor crezcamos en todo en Aquel que es la cabeza, esto es Cristo. De quien todo el cuerpo bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor”.* Amén.

¡Que Dios bendiga nuestros corazones! Padre, ayúdanos a entender tu Palabra, que la entendamos profundamente por la guía y operación de tu Espíritu. Que tu Palabra y tu Espíritu nos transformen, que nos hagan hombres aptos en esta hora para oír tu voz, y cumplir en nuestras vidas lo que pertenece a tu reino y tu gloria, a lo cual tú nos llamaste a cada uno de nosotros. Te bendecimos, Señor, por tu amor. Confiamos en la soberana

gracia y misericordia tuyas sobre nuestras vidas, conduciéndonos a las verdaderas fuentes divinas de tu verdad, de tu amor, de la guía de tu Espíritu, en esta hora y a través de nosotros. Tu Nombre sea glorificado. Amén.

[Luego el casete parece terminar y luego de un período corto de silencio Ivan parece volver a grabar mientras continúa meditando con estas palabras:]

...Profundamente al levantar la Iglesia, cuerpo de Cristo, que Él va a levantar en los últimos días. Él lo va a hacer, porque Él dice: Yo edificaré mi Iglesia, todo el infierno y todos los enemigos no podrán disuadirme, no podrán impedirme, Yo con mi mano fuerte, la edificaré. El Rey de Reyes y Señor de Señores será el último que tendrá la última palabra. Él es el Alfa y la Omega, principio y fin, todavía está buscando un pueblo que ponga su mirada solamente en Él, que tome en su corazón sus leyes, su pacto, su voluntad y la manera que en Él quiere llevar a cabo sus propósitos y se ponga voluntaria y consagradamente a cumplir en esta hora este mandato: edificar la casa que Dios quiere levantar.

Sometámonos a la voluntad del Altísimo. Su Espíritu poderoso nos ayudará, estará con nosotros la súper abundante potencia del Espíritu, que es la súper eminente grandeza de su poder. ¿Es suficiente? -Es suficiente. Si tú quieres ser santo, si tú quieres implantar en tu vida, en tu ministerio las condiciones del reino de Dios a la altura del nivel con que Él te ha llamado para una santidad plena, para una separación total del mundo y de sus obras, de su mente, del espíritu del mundo, todo eso que es inmundo para Dios, apartarte totalmente y guardarte santo y sin mancha delante de Él, en amor, en santidad, asociándote con los que te encuentras que están igualmente deseando la misma cosa, harás así una obra para Dios, contribuirás a la edificación de la Iglesia en esta hora crucial y Dios te hará insigne, usará tus talentos y tus dones que Él te da y te ayudará a ser contribuyente a esa edificación.